

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

*La Flor
de la
Argoma*



Al quedar huérfanos, los hermanos Urrondo son enviados con los jesuitas de Loyola hasta que, unos años más tarde, la expulsión de la Reina de España, Isabel II, acarrea el cierre de las casas religiosas. Los Urrondo regresan a su caserío, en el valle de Araotz de Oñati, viéndose envueltos, pese a su aislamiento, en los enfrentamientos que se suceden entre carlistas y liberales.

En el marco de la Tercera Guerra Carlista, Bittor y Eladio Urrondo se encontrarán, sin buscarlo, en posiciones enfrentadas y pelearán por la propiedad del caserío "Urrondo" y por el amor de una mujer, Julia.

Ésta es, ante todo, una historia de tradiciones, pasión, desencuentros y diferentes modos de ver la vida entre los miembros de una misma familia, a mediados del convulso siglo XIX.

A Asier Muniategi

*Con mi cariño y agradecimiento a
Jerardo e Irantzu Elortza por su valioso tiempo
y a Pernando Mendiguren y Xabier Guridi por su apo-
yo.*

El alma que hablar puede con los ojos,
también puede besar con la mirada.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER
(1836-1870)

Araotz

El mismo día de la festividad de San Silvestre, exactamente un año después del nacimiento de Bittor, nacía su hermano Eladio. Tras veinte de matrimonio y de acudir uno tras otro a bañar sus partes bajas en el pilón de agua de la ermita de San Elías, en la cueva llamada de Sandaili por las gentes de la zona, lugar de peregrinación de mujeres estériles mucho antes de ser cristianizado, Martina, la *etxekoandre* del caserío "Urondoa", vio finalmente cumplido su sueño de ser madre. Por falta de leche del seno materno, ambos hermanos fueron amamantados a la vez por una moza de Ozaeta, recia pero algo lerda, que había sido preñada por un vecino y a quien, tras el parto, los padres enviaron a servir a Araotz, poniendo de por medio la sierra de Elgea, llamada montes de Araba por los habitantes de ambas vertientes. Los niños también fueron destetados casi al tiempo, con sólo unos meses de diferencia. Dos hermanos más llegaron después de ellos, Agustín y Tomás, y la madre dio gracias a la Virgen de Arantzazu por dejarla seca tras el cuarto pues, cercana a la cincuentena, no se veía ya con ánimos de seguir pariendo y había acudido a la Virgen para contrarrestar los buenos oficios del santo de la cueva.

Eladio creció más deprisa que Bittor y ambos tenían la misma altura, de forma que habrían sido tomados por gemelos si el mayor no hubiese heredado los ojos claros del padre y el otro, la mirada oscura e inquieta de la madre. Ambos se disputaban el mando, e incluso llegaban a las manos, cuando los cuatro hermanos acudían a bañarse o a

pescar a la cañada de Jaturabe, en la espesura del desfiladero, allí donde las aguas brotaban entre rocas resbaladizas por el musgo y la luz del sol apenas atravesaba la enramada, o cuando ascendían por las estribaciones de la sierra en busca de huevos de ave, o se adentraban en la cueva de Arrikrutz a la búsqueda de las bolsas llenas de monedas de oro y plata que, según se rumoreaba, habían ocultado allí los carlistas. Eran correrías peligrosas y ningún otro chaval del barrio osaba acompañarlos, ellos lo preferían así. Creían salvajes y libres de ataduras al amparo de unos padres demasiado viejos para imponer disciplina y, a la vez, orgullosos de sus proezas y de verlos crecer sanos y fuertes.

Un mal día, sin embargo, todo cambió. La calentura se llevó al otro mundo a los dueños de "Urondoa", dejando huérfanos a sus cuatro hijos. No habiendo parientes por ninguna de las dos ramas familiares, el párroco del barrio se hizo cargo de los muchachos y decidió llevarlos a Loiola, al no poder dejarlos en el convento de los franciscanos de Arantzazu por haber sido éste pasto de las llamas durante la guerra de los siete años. Los jesuitas tenían allí una casa de formación para jóvenes, aunque sin demasiados internos puesto que habían trasladado el noviciado a Mallorca. La Compañía había sido suprimida por orden gubernativa y sus miembros dispersados en varias ocasiones. Todavía estaban muy vivas en la memoria las furias populares que al finalizar la carlistada se habían cebado sobre los eclesiásticos, matando e hiriendo a unos cuantos en Madrid y en otras localidades. Habían vuelto a organizarse quince años atrás, pero nadie estaba muy seguro de lo que podría ocurrir en cualquier momento, pues los asuntos de la política andaban revueltos. Don Pedro tenía una estrecha relación con el ecónomo del centro y logró que se admitiera a los cuatro hermanos a cambio de una discreta aportación en metálico que abonó con la intención de recuperarla en breve mediante la venta de parte del ganado de "Urondoa". Su idea era que el mayor aprendiese algo de letras y núme-

ros para que, llegado el momento, se hiciera cargo del caserío y de las tierras, mientras, y hasta su mayoría de edad, él mismo se ocuparía de velar por su herencia. A los otros tres decidió destinarlos a la Iglesia. Los muchachos hicieron a pie el trayecto de Araotz a Azpeitia y el cura a lomos de un borrico, deteniéndose en la casa cural de Zumarraga a pasar la noche y llegando a Loiola al atardecer del siguiente día.

Durante cinco años, los hermanos Urrondo vivieron entre los muros de la casa de formación, sin salidas ni vacaciones, pues don Pedro aducía tener demasiadas ocupaciones para atenderlos, incluso durante algunos días, añadiendo a quienes se interesaban por ellos que, de todas formas, en ningún otro lugar estarían mejor que con los religiosos. Así como Agustín y Tomás se amoldaron con relativa facilidad a su nueva vida, quizá por ser más jóvenes, no ocurrió igual con los dos mayores. Bittor y Eladio no aceptaron en ningún momento la situación. Las riñas, castigos y bofetones no lograban amansarlos y era preciso tener el ojo siempre puesto en ellos para evitar que escaparan, como ya había ocurrido a poco de su llegada. Fueron encontrados por un pastor dos días después de la huida, hambrientos y muertos de frío, en una majada de la subida al Erlo. El coadjutor encargado de los internos los amenazaba un día sí y otro también con echarlos de la casa de formación e iba a quejarse al director, pero la cuestión se había convertido en un pulso entre éste y los Urrondo. Los dos rebeldes hacían lo posible por ser expulsados, pero el eclesiástico estaba decidido a domarlos costase lo que costase y se limitaba a encerrarlos en una habitación a pan y agua durante varios días hasta que se apaciguaban, si bien la calma duraba poco y pronto volvían a las andadas. Los jesuitas, no obstante, lograron que aprendieran, no sin dificultad, a leer y a escribir, algo de números y poco más. No consiguieron, sin embargo, que hicieran amigos entre sus compañeros porque rehuían su compañía y permanecían solos durante los re-

creos y momentos de asueto, apoyados en el murete que rodeaba el lugar, con la mirada fija en un punto del horizonte donde imaginaban su hogar, contando los días, meses, años que les faltaban para regresar a él.

Unas semanas antes de que Bittor cumpliera los dieciocho, el gobierno liberal decretó la suspensión de la Compañía de Jesús y, una vez más, la tercera en lo que llevaban de siglo, los jesuitas empaclaron sus pertenencias y abandonaron sus casas. Algunos se dirigieron a Mallorca con la intención de viajar a Italia; otros, simplemente pasaron la frontera, ya que Francia estaba a menos distancia y no eran perseguidos allí por el momento, pero la mayoría se desperdigó por el territorio, ejerciendo de sacerdotes o capellanes en hospitales, hospicios y conventos de monjas. Quienes no tenían dónde ejercer o eran demasiado viejos para aventuras, regresaron a sus hogares. Algunos estudiantes fueron invitados a acompañar a los expatriados, pero Bittor y Eladio Urrondo decidieron regresar de inmediato a Araotz y exigieron que sus hermanos menores los acompañaran. El director de la casa de formación intentó impedirlo, más que nada porque él ya había hecho planes para ellos puesto que, tras la penuria derivada por la guerra, los padres se negaban a entregar a sus hijos a la Iglesia al necesitarse brazos para sacar los caseríos adelante. Por otra parte, la situación política del país, las malas cosechas y la pobreza en general obligaban a muchos de los segundones, que nutrían monasterios y conventos, a optar por embarcarse hacia las Américas en busca de un futuro mejor. De carácter afable, muy diferente al de sus hermanos, ambos jóvenes estaban sanos, eran fuertes y serían buenos misioneros. A la espera de tiempos mejores, él mismo los acogería y continuaría con la enseñanza en Hernani, en su casa familiar, pero Bittor no quiso oír hablar del asunto y el jesuita tampoco se atrevió a hacerle frente. Al encolerizarse, su mirada se volvía casi translúcida, presagio de una reacción violenta que era mejor evitar. El sacerdote lo creía

muy capaz de prender fuego a la casa de formación, iglesia incluida, si se negaba a su demanda. Agustín y Tomás intentaron resistirse puesto que preferían permanecer en compañía de su maestro, pero agacharon la cabeza cuando sus miradas se cruzaron con la del hermano mayor y lo siguieron sumisos.

Dos días más tarde se hallaban delante de "Urondoa" tras haber caminado sin descanso, siempre hacia el sur, deteniéndose para dormir unas horas al abrigo de las rocas o colándose como ladrones en algún pajar, y no haber comido durante el trayecto otra cosa que algunas peras y manzanas. La puerta estaba cerrada, pero Eladio recordó que la madre solía guardar una llave bajo un piedra medio oculta por una sobresaliente raíz del haya familiar y, en efecto, allí seguía, roñosa por la humedad y el tiempo, pero todavía utilizable. Los habitantes del valle supieron que el caserío volvía a ser habitado al ver una columna de humo ascendiendo por entre los árboles de la parte del río y alguno avisó al párroco de San Miguel. Don Pedro se personó en el viejo caserón, acompañado por el vecino que le había dado la noticia y ambos hallaron a los hermanos quitando las telarañas y el polvo acumulado durante los años en que la casa había permanecido cerrada. Los cuatro ignoraron su presencia y continuaron con su tarea hasta que el clérigo les ordenó detenerse. Los mayores lo hicieron colocándose uno junto al otro y sin abandonar las escobas de rama que mantenían fuertemente asidas, dando la impresión de ir a utilizarlas en cualquier momento contra los visitantes; los menores se limitaron a situarse detrás de ellos.

—¿Y vosotros quiénes sois? —inquirió el párroco.

—Los dueños de la casa —respondió Bittor con sequedad.

Don Pedro parpadeó varias veces y miró desconcertado a su acompañante, tan sorprendido como él. Los dos recordaban a los mayores de "Urondoa" como a unos chiquillos rudos, casi salvajes, nada que ver con los dos mozos de an-

chas espaldas que tenían delante. De pequeños, eran casi idénticos, pero el tiempo había marcado las diferencias y ya no eran tan similares, aunque no había duda de que eran hermanos y de que los dos guardaban un parecido asombroso con su padre, Juan Urrondo, apodado "Txangoa", el cojo.

—¿Y cómo así que estáis aquí? ¿Cómo habéis llegado?

—Andando.

—¿Os habéis escapado de donde los jesuitas?

—No.

El párroco trataba de pensar. Todos los años, por la Pascua de Resurrección, enviaba a la casa de formación el dinero para la manutención de sus pupilos y su amigo, el ecónomo, respondía acusando recibo e informándole acerca de los chavales. No obstante, no recordaba que en su última carta hubiese mencionado nada sobre que fueran a abandonar la casa de formación, a pesar de que a finales de año Bittor ya tendría dieciocho y él se vería obligado a entregarle la propiedad que había explotado en su propio beneficio. No había bajado a Oñati en las últimas semanas e ignoraba la nueva orden de expulsión de los jesuitas emitida por el gobierno.

—Tendríais que haber venido a hablar conmigo antes de entrar en la casa.

—¿Por qué?

—Porque hay unas leyes, porque todavía no tenéis la mayoría, porque yo soy el albacea de los bienes de vuestros padres y porque no podéis aparecer de la nada, así, sin más.

La voz de don Pedro subió de tono a medida que hablaba, su cara se puso roja y apretó los puños. No tenía por qué dar explicaciones a nadie y no permitiría que unos mozalbetes vinieran a desbaratarle su ordenada vida. El arrendamiento de las tierras de los Urrondo le proporcionaba buenas rentas; además, había vendido el ganado y, antes o después, tendría que dar una explicación sobre adonde ha-

bía ido a parar el dinero obtenido por la venta. No tenía intención de perder lo primero, ni justificar lo segundo.

—Escucha, cura. Sólo existe una ley: la de la sangre. Esta casa era de nuestros padres y ahora es nuestra, no tuya. No hay nada más que decir.

Bittor parecía de pronto mayor de lo que era, su voz sonaba serena y extrañamente grave, pero no dejaba lugar a dudas en cuanto a su intención de exigir lo que le pertenecía. Los dos hombres salieron presurosos del caserío sin añadir una palabra más, el sacerdote a punto de sufrir un ataque de ira. Jamás un feligrés se había atrevido a tutearlo en los años que llevaba ejerciendo.

Al día siguiente, temprano por la mañana, bajó a la Villa y acudió al despacho del abogado don Antonio Zabala a exponer la situación. El letrado lo escuchó atentamente y después dio su veredicto: no había nada que hacer, no existía ningún documento que estipulase que el párroco hubiese sido nombrado albacea de los cuatro huérfanos, ni tampoco sobre la venta del ganado ni las cantidades recibidas por él. Bittor Urrondo estaba en su derecho a reclamar la devolución del caserío, las tierras y, por supuesto, el dinero del ganado vendido sin su consentimiento, además del correspondiente al arrendamiento de los terrenos durante el último lustro. Cualquier juez le daría la razón. El abogado se compadeció al observar cómo el clérigo se secaba el sudor de la frente y se ofreció a ejercer de mediador sin cobrar una peseta porque Juan Urrondo, *Txangoa*, había salvado la vida a su padre durante la guerra de los siete años y ahora él tenía la posibilidad de devolver una deuda de familia, aunque sólo fuese para evitar que los hijos de aquél fueran a parar a la cárcel, o incluso los ejecutaran a garrote vil por matar a un cura. También él había tenido oportunidad de oír hablar acerca del fuerte carácter de los dos mayores, unos meses antes, durante una visita a Loiola para tratar sobre unas propiedades que los jesuitas poseían en Oñati. De modo que acompañó a don Pedro de vuelta al

barrio y se entrevistó con ellos, les expuso la situación sin ocultarles nada y les propuso un trato: todas las tierras arrendadas les serían devueltas de inmediato, las sembradas y sus cosechas incluidas. En cuanto al dinero adeudado por el párroco, y descontado el pago por su educación, él mismo hablaría del asunto con el administrador de la diócesis y trataría de que les fuese adjudicada una cantidad anual hasta cancelar la deuda. Si bien la reforma parroquial iniciada por el gobierno contemplaba, entre otras cosas, la desaparición de los diezmos y primicias, no parecía que la diócesis de Calahorra, a la cual pertenecía la zona occidental de la provincia de Gipuzkoa, fuese a acatarla. A la espera de que pudieran disponer de dinero en metálico para adquirir algunos animales, él mismo les prestaría la cantidad necesaria sin intereses, recalcó. Los Urrondo aceptaron aunque, en realidad, fue Bittor quien tomó la decisión pues los cuatro sabían que él era el dueño de la propiedad con la obligación de velar por sus hermanos, tal y como quedaba estipulado en el testamento que sus padres habían otorgado poco antes de morir.

Tras dejar bien clara la situación, el abogado Zabala tomó una vereda boscosa que llevaba hasta un caserío, cuyo tejado amenazaba con derrumbarse de un momento a otro. Las casas eran como las personas, meditó. Sin cariño, sin compañía, se desmoronaban poco a poco hasta quedar convertidas en ruinas. El caserío llevaba tan sólo unos meses vacío y daba la impresión de que lo hubiese estado durante años: la hierba tenía tres o cuatro palmos de alto, el musgo se había adueñado de las bajeras y pronto cubriría los muros por entero. Un par de golondrinas salieron volando por una ventana, tan bajo, que a punto estuvieron de tirar su chistera al suelo. El invierno había sido seco y frío y, seguramente, la casa se había convertido en seguro refugio de animales, así que renunció a la idea de apearse del caballo y entrar en ella, no fuera a ser que se encontrara con una camada de jabalíes, o algo peor. Los pastores habían

acudido al Consistorio a denunciar la presencia de lobos en las zonas bajas de la sierra. Echó una última mirada y tomó la decisión de enviar una partida de albañiles para reparar el tejado; a continuación, buscaría una familia que mantuviera la casa y el terreno en buen estado hasta que su ahijada decidiese qué hacer con ellos.

Antes de dejar el lugar, alzó la vista hacia un caserío situado más arriba y se llevó la mano a la chistera a modo de saludo. El hombre que lo observaba, sujetando una vara ancha de cuatro dedos entre las manos, no respondió al saludo.

Julia nació un caluroso día de primeros de agosto, cuando el sol estaba en su mediodía y golpeaba por igual a personas y animales. Lo hizo, como más tarde afirmaría su abuela, para llevar la contraria a la partera, quien había asegurado que la criatura nacería durante la noche. Fue la primera y única hija del matrimonio formado por Valentín Iturralde y Benita Ibáñez y su nacimiento no fue fácil. La parturienta sufrió durante horas dolores y contracciones tan fuertes que se temió por su vida y la de la criatura, enviándose recado al cura para que acudiera a darles los últimos sacramentos. El caserío "Bekoa" se llenó de vecinas deseosas de ayudar, o de colaborar en el amortajamiento en el peor de los casos, y de niños que correteaban dentro de la vivienda al abrigo del sol. Sin embargo, madre e hija salieron vivas del trance, aunque la salud de la primera se resintió, perdiendo toda esperanza de tener más criaturas, lo cual, en opinión de algunas de las presentes, no dejaba de ser una bendición. Las numerosas maternidades y el trabajo de sol a sol convertían a mujeres todavía jóvenes en ancianas prematuras, cuando no morían durante el parto o a consecuencia del mismo. Pasada la obligada cuarentena, Benita no se levantó de la cama, no podía sostenerse en pie. La suegra se encargó de cuidarla y atender la casa y a la niña a

la espera de que recobraras las fuerzas, pero no las recuperó. A comienzos del otoño de aquel mismo año, al tiempo que el viento se llevaba las hojas de los árboles y los labradores iniciaban el laboreo, Benita se fue, dejando una huérfana y un marido desconcertado.

Valentín no acababa de entender lo que estaba ocurriendo, asistió a la vela, a la misa y al entierro como si se tratara de otra persona, como si acompañara a un amigo al funeral de su mujer; no escuchó los pésames de las vecinas, ni notó los apretones de manos de los vecinos, y tardó en darse cuenta de que ahora era un viudo con una hija recién nacida. Los planes para una vida organizada se habían ido al traste. Tendría que buscar otra mujer que pudiera acabar lo que la otra había empezado, es decir darle más hijos para que en unos años pudieran acompañarlo en los trabajos y velaran por él en su vejez, que atendiera la casa, las comidas, las ropas, la huerta y que, sobre todo, ocupara el lugar que la difunta había dejado vacío en el lecho. Asintió sin una palabra cuando, semanas después, su madre dejó caer el nombre de Feliciano, la única heredera de Faustino Lasa, su vecino más próximo y dueño del caserío "Goikoa".

—No es tan guapa como la Benita, pero es fuerte y está sana. No tendrá problemas a la hora de parir y, además, aportará una buena dote. Y más que tendrá cuando herede —añadió.

Angelita era una mujer práctica y poco dada a sentimentalismos. No aprobó el casamiento de su hijo al saber que la mujer elegida no era de Araotz y que se habían conocido en la Villa, durante las fiestas patronales. Además, no aportaba dote, aunque preciso era reconocer que se abstuvo de dar su opinión, intentó ser una buena suegra y ayudó a su nuera en todo momento, pero la vida en el campo era dura, no había tiempo para sueños e ilusiones. Con Faustino llevaba años sin hablarse, pero eso era lo de menos.